

El Sertón está en todas partes

Luis Gusmán

VOY A CONTAR UNA CONFIDENCIA QUE Roa Bastos me refirió en una conversación en alguno de los cafés que solíamos tomar por la calle Corrientes. Una confidencia que deja de ser personal porque viene de la voz de un escritor que escribió una novela de la magnitud de *Yo el supremo*. Alguien capaz de apreciar no sólo la extensión, sino la fatalidad y el exceso de la lengua hecha novela. Fue en una de esas charlas que Roa me dijo: “Guimaraes es el más grande.”

Hay escritores que han fundado un territorio. *Spoon River*, de Edgard Lee Masters, *Yoknapatawpha*, de Faulkner; entre nosotros, la Santa María de Onetti. Ese territorio puede ser mítico, ficcional o real. También nos pertenece el Sertón, de Guimaraes Rosa.

EL SERTÓN

El sertón, además de una lengua, es un territorio físico que describió de manera magistral Euclides da Cunha, en su libro *Los sertones*. Es una especie de Facundo brasileño. Para este autor el mal principal no es el demonio, sino la seca y la sed. Para da Cunha, en su sueño de geólogo, el sertón es una imagen que obsesiona. Es una geografía, una vegetación, una fauna, una forma de sociabilidad. Porque el sertanero es una identidad. Sin embargo, como resaltan los traductores, Florencia Garramuño y Gonzalo Aguilar (también autores de un prólogo a esta nueva edición), el sertón de da Cunha y el de Guimaraes son geográficamente diferentes: “En contraste con el sertón seco e infértil de Euclides da Cunha ubicado en el norte del estado de Bahía, el Sertón de Guimaraes Rosa se extiende desde el norte de los estados de Minas Gerais al este de Goiás y el sur de Bahía y contiene en sí mismo una gran diversidad de vegetación y habitantes. A diferencia del Bahiano, el sertón minero combina la caatinga rala y la sequía agobiante de algunas zonas desérticas con los pastos abundantes y las frescuras de las veredas o esteros y riachos en los que crece una gran diversidad de flora y fauna.”

No es fácil entrar en el sertón, ni siquiera resulta tarea sencilla para Dios: “Usted sabe: sertón es donde manda quien es fuerte, con las astucias. ¡Dios mismo, cuando venga, que venga armado! Y la bala es un pedacito de metal...”

El diablo también está en todas partes, según lo que se puede leer en el epígrafe que encabeza la novela: “El diablo en la calle, en medio del remolino.” Luego se retomará numerosas veces en el interior de la misma. El sertón no es tierra de nadie: “El sertón está en todas partes.” Parafraseando el título de aquella película de Glauber Rocha que marcó una época: Dios y el diablo en la tierra del sol. El diablo “regula la negrura en los mortales, en las mujeres, en los hombres” y está en la lengua: “Hasta en las criaturas, le digo. ¿O acaso no se dice ‘ese chico es un demonio’? Y en los usos, en las plantas, en las aguas, en las tierras, el viento... Basura. El diablo en la calle, en medio del remolino.” Entonces, como se ve, el diablo habla. Pero no hay el uno sin el otro: no hay Dios sin el Diablo. Si Dios es paciencia, el diablo es lo contrario, se desgasta. El demonio es un remolino que está en la lengua: “¿Quién entiende de qué especie es el demonio?... El sertón acepta todos los nombres del demonio: a veces, pienso. Un muñeco de paja, vestido con un abrigo viejo y un sombrero roto y con los brazos de madera abiertos en cruz en el arrozal ¿no es un fantoche” Es un espantapájaros pero sus brazos en cruz lo trasforman también en un Cristo.

Las religiones se graban no sólo en el espíritu y en la carne de los sertaneos sino hasta en la lengua, como sucede con la deformación de la palabra Xu (corrupción de Exú, divinidad del sincretismo negro, representada en figura de demonio y por extensión el propio demonio). El diablo, dios, hasta aquel creyente que ve a la Virgen en el resplandor del cielo con sus hijos de Ángeles, el santo y también Kardec o el fiel metodista. En el sertón las creencias conviven en un sincretismo bárbaro. Cualquier creencia es buena para desenloquecer de la locura que produce el sertón “Yo acá, no pierdo ocasión de religión. Aprovecho todas. Tomo agua de todos los ríos. ”

EL YAGUNZO

Apelamos sin pudor al glosario que aporta la primera traducción al castellano de *Gran Sertón: Veredas*, hecha por Ángel Crespo. Ya que en la apuesta de esta nueva traducción los dos traductores, Garramuño y Aguilar, dialogan en su riesgo con la versión de Crespo. Apuesta decididamente situada en el terreno de la fatalidad de la lengua que hace que el lector no extrañe la versión de antiguo traductor. Y la performance lingüística de esta nueva interpretación, no se debe, como tímidamente señalan los dos traductores, al hecho de que en la actualidad se dispone de mayor bibliografía sobre Guimaraes, sino que su apuesta es el estilo.

Riobaldo, el personaje que narra esta novela, es un yagunzo. Y el glosario define a los yagunzos como individuos fanáticos que a fines del siglo diecinueve se sublevaron en Canudos, región del interior del sertón. Tropa irregular opuesta al gobierno y que por extensión se la llamó bandas o grupos al servicio de algún político; y por lo tanto, a veces opuestos a los hacendados del interior: no habría que confundirlo con los cangaceiros que socialmente son definidos como bandidos o salteadores. La historia del yaguncismo es un hito importante en la historia de Brasil.

EL BESTIARIO: FAUNA Y FLORA

En el bestiario del sertón conviven figuras combinadas. En comparación con el bestiario de las fábulas de Horacio Quiroga, aun en su vertiente más sangui-naria, por su tono moral, aparece como un universo casi naíf. Cuando uno se encuentran con el bestiario de Guimaraes se tiene la sensación de estar ante una pintura donde es posible contemplar los animales apacibles de Rousseau (de hecho en las primeras ediciones en español, de la editorial Seix Barral, las

tapas están ilustradas con pinturas del aduanero) hasta combinarse con una pintura de Archibaldo; a lo que habría que agregar otro elemento en la fusión: lo inquietante de la zoología fantástica de Borges. En la selva exuberante y tropical, lo real se vuelve mitológico. Y esa selva es un hito más en la fusión. Los protagonistas de esa geografía van desde la Yatobá (especie de abeja) a la Izá (hormiga alada hembra), desde el Urubú (buitre negro del tamaño de un cuervo) al Marcaná (una especie de loro). Porque en el sertón, los pájaros no sólo cantan o son signo de buenaventura o de desgracia, sino que buscan su símil en la tierra: “aquellos pájaros hacían temblor de aire. Gritaban contra nosotros, cada uno así su sombra en un palmo vivo de agua.” Como en el poema de S. Coleridge: El romance del viejo marinero, el pájaro es una sombra del hombre. Sea un marino o un sertanero.

La flora se define con su mezcla de belleza inquietante y exótica con el alimento, que incluye también el ungüento y la planta medicinal; hay que nombrar a la Simaruba (raíces y cortezas que tienen un valor medicinal), a la Embira (corteza de árbol de la que se hacen cuerdas), al Carnúba (palmera se produce cera) y al Cayú (fruto comestible, almendra).

Este bestiario y esta flora parecieran desdoblarse o duplicarse en otros seres fantásticos; así se dan a conocer el Saci (ente fantástico representado por un negrito que sólo tiene una pierna y un pie, que persigue a los viajeros tendiéndoles celadas) y Xu, corrupción de Exú, figura que representa el demonio.

LAS FIGURAS COMBINADAS

Estas figuras producidas por la maledicencia, el diablo y el incesto están presentes desde la primera página de la novela. Recorre la novela un extraño ternero blanco, nacido defectuoso con ojos de no ser y con semblante de perro que cuando se reía parecía persona: “Cara de gente, cara de perro; decidieron era el

diablo.” En este sertón estos seres conviven con los poseídos, los endemoniados, que tienen nombre propio y que son una combinación humana y animal: El relincha-Madre, El Sangre del Otro, el Mucho Hocico. Hasta aquel personaje llamado Hermógenes, mezcla de caballo y cabra, que cree que puede vender su propia alma y hacer un pacto con el demonio. Y conviven con ellos los hijos del incesto, los hijos de primos carnales criaturas que hedían. Hijos del incesto naciendo con la peor deformación; sin brazos y sin piernas, sólo con muñones.

Las figuras combinadas pueden estar en movimiento. Cuando los murciélagos mariposean sedientos hasta posarse en las carnes de los bueyes dormidos: “A la nohcecita, los murciélagos van a recubrir a los bueyes con pañuelitos negros. Encajes negros de difuntos.”

EL CIELO

El cielo del sertón no es solamente el lugar de la visión profética. El cielo también es la noche y es por ello que hay otro libro de Guimaraes que lleva por título: Noches del Sertón. En la noche aparece otro cielo: “De noche, si ha de ser, el cielo bruñe un brillo. La cabeza casi se choca con las estrellas ¡bonito en mucho comparecer, como cielo de estrellas, a mediados de febrero! Pero en sin-luna, hecha la oscuridad, es un oscurón que ata y te mata. Es noche de mucho volumen. Tiniebla toda del sertón, siempre me hizo mal.”

Mirar el cielo es una manera de pasar la noche. Una larga espera con los ojos abiertos. En la inmensidad del sertón, el nombre de las estrellas, nombra un deseo: “Las tres Marías, el Carretón, el Crucero, el Rabo de Tatú, el Carretero de Santiago. Aquello me creó un deseo.”



EL SERTÓN ESTÁ EN TODAS PARTES
LUIS GUZMÁN

EL INFIERNO

Vivir en el sertón es peligroso porque no es sólo un peligro terrenal que viene de los otros hombres sino que el sertón encierra también al poder de las tinieblas. El infierno es una frontera que hay que atravesar en la tierra: “Sabía que estábamos torciendo hacia la Sierra de las Araras –a ganar aquellos caseríos en los pastizales de allí más allá, donde todo bandido ocioso se escondía –, allá se podía tener ocasión de combinar otros compañeros variables. Después, de arte: que el Liso del Puma no concedía pasaje a gente viva, era el peor raso existente, era un escampo de los infiernos.”



LA TIERRA

En el sertón cohabitan de manera mixturada: bestia, hombre, fauna y flora. Es una geografía sedienta. Una vida amenazada por la seca. El hambre que tiene dos caras: “Dios come escondido, y el Diablo sale por todos lados lamiendo el plato.” En esa tierra, el hombre en su travesía, puede confundirse con el reptil. Este pasaje/paisaje de la novela ilustra esta especie de camoufflage donde hombre y bestia son casi inseparables: “El yacaré grita, una, dos, las tres veces, un ronco ronquido. El yacaré impresiona –mirón, escondido en el barrial, mirando feo a la gente... En las lagunas donde ni un ala se posa, por causa del hambre del yacaré y la piraña sierra fina... El palmar viene con ellos, la palmera se sigue, sigue... Agua allí no hay ninguna – sólo la que el señor lleva. Aquellas largas llanuras, llenas de tábanos agujonéandonos. ¡Tábanos! Da el sol, de onda fuerte, da que da, la tanta luz, machuca. Los caballos sudaban sal y espuma.” Sertón dentado, zumbido enloquecedor que envuelve la cabeza del sertanero llena de sonido y de furia: “Pesadillas de verdad, delirios. Los caballos gemían descreencia.”



LA GUERRA

En el sertón “vivir es muy peligroso” frase que se repite a lo largo de toda la novela. Vivir es peligroso porque se vive en los respiros entrecortados que da la guerra. Y en el sertón de Guimaraes desde la guerra hasta el rezo están atravesados por la lengua, por eso no hay realismo mágico, porque la potencia es de la lengua que cuenta y no de la imagen: “Cómo estaba reuniendo y preparando a aquella gente para salir por el Estado arriba, en comando de gran guerra. El fin de todo, que sería: romper en el pecho de bando en bando, acabar con ellos, liquidar a los yagunzos... –‘Solamente cuando yo la haya hecho, don Baldo, estoy completo: ¡entro directamente en la política!’ Antes me confesó ese único destino que ambicionaba con todo el corazón: y era ser diputado... A tal que, por fin, vino el día de salir guerreramente por valles y montes todos nosotros.” En el sertón hay de todo, incluso, mano de obra desocupada. La “guerra divierte, piensa el diablo.”

LA PAZ

El sertón de Guimares es un territorio que se construye en la travesía misma. Es un coto, hasta puede temblar. El sertón no tiene ventanas ni puertas. También tiene una regla inviolable: o el Señor bendito gobierna el sertón, o el sertón maldito gobierna. Como en el poema de Borges: “No hay una puerta, estás adentro.”

Esta novela en remolino, endiablada, termina como comenzó. Su primera palabra reaparece al final del remolino. Basta que dejemos hablar al viento: “Nonada” No se trata sólo del bien y del mal sino de Dios y esta lengua endiablada: “El diablo en la calle en medio de remolinos” La Guerra y Paz. Riobaldo, barranquero, profesor con el apodo de Tatarana cuenta su travesía: “¡Viva, viva!, Riobaldo, Tatarana, Profesor... – conciso – ¿Tu quisiste la paz?”

EL SERTÓN ESTÁ EN TODAS PARTES
LUIS GUZMÁN

En su travesía Riobaldo va hacia la vejez “con orden y trabajo” y las palabras finales del largo monólogo del personaje dirigidas a su interlocutor, lo confirman: “El señor, amable, me escuchó: que el Diablo no existe. ¿No es así? El señor es hombre soberano y circunspecto. Amigos somos. Nonada. Diablo no hay. Es lo que digo, si hubiese... Lo que existe es el hombre humano... Travesía” Riobaldo ha contado la travesía de su vida que, como cualquier vida, es peligrosa: El sertón es grande como el universo y tan pequeño que cabe en un pañuelo, porque está en todas partes.

